



**Resonancia textil: los hilos invisibles que unen a las tejedoras de la memoria de Argelia,  
Cocorná y San Francisco, Antioquia**

Angie Sofía Durán Fonseca

Trabajo de grado presentado para optar al título de Periodista

Asesor

Juan Diego Restrepo Toro, Magíster (MSc) en Salud Colectiva

Universidad de Antioquia  
Facultad de Comunicaciones y Filología  
Periodismo  
Medellín, Antioquia, Colombia  
2023

---

Cita

(Durán Fonseca, 2023)

---

**Referencia**

**Estilo APA 7 (2020)**

Durán Fonseca, A. (2023). *Resonancia textil: los hilos invisibles que unen a las tejedoras de la memoria de Argelia, Cocorná y San Francisco, Antioquia*. [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

---



**Repositorio Institucional:** <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - [www.udea.edu.co](http://www.udea.edu.co)

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

*Al artista que todos llevamos dentro.*

## **Agradecimientos**

A Juan Diego Toro, periodista y asesor de este trabajo de grado, por su paciencia, comentarios y guía durante este proceso.

A María Teresa Muriel Ríos, profesora de Investigación IV, por su apoyo constante en mi búsqueda de tema de investigación.

A la profesora Beatriz Arias, por su trabajo en comunidades con el bordado, su vasto conocimiento y por conectarme con las mujeres de Argelia, Cocorná y San Francisco.

A Diana María Arango, Azucena Galeano, Beatriz Adriana Quintero y Luz Dary Zuluaga, por su resiliencia y por compartir sus historias a través del bordado. Son fuente de inspiración.

A mi familia, por su amor y apoyo incondicional, incluso en la distancia.

A Stray Kids, por acompañarme con su música y palabras en cada noche en vela, y por ser mi sostén cuando quería rendirme.

Y a Taylor Swift, por su música, por darle nombre a esta historia y por ser mi motivación para completarla. Fuiste el mejor regalo que pude obtener.

## Tabla de contenido

Resumen .....	6
Abstract .....	7
Introducción .....	8
Resonancia textil: los hilos invisibles que unen a las tejedoras de la memoria de Argelia, Cocorná y San Francisco, Antioquia .....	9
Referencias .....	27

## Resumen

Este reportaje explora el bordado hecho en comunidad como un medio para construir memoria colectiva. En particular, ahonda en cómo mujeres, hombres y niños de tres municipios del Oriente antioqueño se reunieron para recordar el pasado y plasmar sus historias y anhelos en bordados. Estos bordados no solo honran el pasado, sino que también generan un eco emocional, en el que cada hilo y cada puntada evocan sentimientos y recuerdos compartidos. Esta actividad fomenta el sentido de comunidad, convirtiéndose en un vínculo que une a sus miembros en una rica narrativa colectiva.

*Palabras clave:* arte comunitario, resonancia textil, memoria colectiva, reportaje.

## **Abstract**

This reportage explores community embroidery as a means to build collective memory. Particularly, it gains insight into how women, men, and children from three municipalities in eastern Antioquia, Colombia, gathered to recall the past and capture their stories and desires in embroidery. These embroideries not only honor the past but also generate an emotional echo, in which each thread and each stitch evoke shared feelings and memories. This activity fosters a sense of community, becoming a bond that unites its members in a rich collective narrative.

*Keywords:* community art, textile resonance, collective memory, reportage.

## **Introducción**

El bordado, más allá de ser un recurso para remendar prendas, se convierte en un poderoso medio de memoria colectiva en comunidades del Oriente antioqueño que buscan recordar el pasado. Este reportaje explora cómo diferentes grupos de personas en los municipios de Argelia, Cocorná y San Francisco, Antioquia, se reúnen para entrelazar hilos y vivencias, creando así espacios de conexión emocional y diálogo.

Cada puntada y pieza que salió de estos costureros, cuenta una historia que fortalece la identidad y cohesión social de las comunidades, tejiendo un tapiz de recuerdos que trasciende el tiempo y conecta a diferentes personas. En este viaje de creación compartida, el arte se transforma en un refugio donde las memorias florecen y las comunidades se tejen.



## **Resonancia textil: los hilos invisibles que unen a las tejedoras de la memoria de Argelia, Cocorná y San Francisco, Antioquia**

*El arte no reproduce lo visible. Hace visible aquello que no lo es*

*Paul Klee, pintor suizo*

La experiencia no importó cuando las mujeres de diferentes municipios del Oriente antioqueño se reunieron con sus vecinas, amigas y familiares para aprender sobre las artes textiles. Más allá de la exploración que habían hecho de este tipo de arte en el pasado, el hilo y la aguja no solo las ayudaron a unir los retazos con los que crearon sus obras, sino que también las unieron a ellas; unos hilos invisibles que entrelazan sus historias y sus vidas a partir de lo que compartieron en los costureros y los recuerdos de un conflicto armado que llegó a cada una de diferentes formas.

Aunque no hay un número exacto de personas que hicieron parte de estas experiencias, sí se puede seguir la pista de aquellas que se destacaron. Una de ellas es Blanca Azucena Galeano, una mujer del municipio de Argelia que se vio atraída no solo al costurero, sino al arte que hacían en este.



*Argelia en el mapa de Antioquia*

Argelia, el lugar en el que nació y creció Azucena Galeano, fue fundado en 1891 y erigido como municipio en 1960. Tiene una extensión de 254 kilómetros cuadrados y está ubicado en el Oriente antioqueño, limitando con Sonsón, Nariño y el departamento de Caldas. Es un territorio amplio, de clima templado, que tiene como principal fuente de ingreso la producción de café, caña y cacao, y que, como la mayoría del país, se vio afectado por el conflicto armado. De hecho, después de la firma del Acuerdo Final de Paz entre el Gobierno Nacional y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de

Colombia — FARC-EP (Farc) en el 2016, Argelia fue uno de los 20 municipios del país que tenía prioridad para el proceso de eliminación de minas antipersona.

En esta zona hacía presencia el Frente 47 del bloque Noroccidental de las Farc, el cual era liderado por Elda Neyis Mosquera, alias ‘Karina’, y la violencia fue tan cruda que, según datos de la alcaldía, publicados por el periódico El Tiempo, entre 1997 y 2010 fueron desplazados más de 14 mil habitantes. Un ejemplo de esto fue lo que sucedió en la vereda Mesones, donde este frente desplazó a más de 60 campesinos en el 2003, amenazándolos de muerte y quemando sus viviendas.

Uno de los episodios que más se destaca del conflicto en este municipio, fue la masacre ocurrida en la vereda El Oro, el 26 de febrero de 2004, cuando miembros del Frente 47 ingresaron a las cuatro de la mañana a una vivienda, amarraron a sus ocupantes y los fusilaron tras acusarlos de ayudar a grupos paramilitares; este hecho dejó seis personas muertas, entre ellas un menor de edad, y una víctima con heridas en el rostro.

Este fue el ambiente en el que creció Azucena Galeano, a quién conocí cuando tenía 33 años. Ella es la tercera de siete hijos, todos del mismo matrimonio, y vivió la mayoría de su vida en Argelia, hasta que se mudó en el 2022 a otro municipio para que sus hijos, uno de 7 y otro de 9 años, estuvieran más cerca de su padre. Mientras vivió en Argelia, ella hizo parte del costurero ‘Tejido, Memoria y Salud Mental’, una propuesta de la Asociación Campesina de Antioquia (ACA) para que los miembros interesados de este municipio exploraran una nueva forma de expresión mediante la costura.

Ella, que ya hacía parte de la ACA desde 2008, cuando hizo presencia en el municipio, decidió unirse al nuevo espacio que ofrecieron entre los años 2014 y 2015, en alianza con la Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia. El objetivo era contribuir con las discusiones sobre cartografía y el territorio en el que vivía Azucena Galeano, un proyecto que tuvo por nombre ‘Construcción de una memoria femenina y campesina sobre el alimento’, y en el que participaron habitantes de las veredas San Luis, El Guadal, El Silencio y El Zancudo.

Los encuentros se hacían en Argelia, ellas viajaban desde sus veredas hasta la cabecera municipal para congregarse en la sala de la casa de la ACA y continuar con las conversaciones sobre sus territorios. Así, de estas charlas, surgió la necesidad de hacer una investigación sobre las

veredas que ellas habitaban y construir una memoria colectiva realizando encuestas a las personas de mayor edad de sus territorios sobre las formas de cultivar de antes, los cambios en la forma de producción, y las costumbres que con el tiempo se habían perdido, y que son valiosas para la salud y el alimento. En general, se quería indagar sobre el conocimiento campesino que las nuevas generaciones, como la de Azucena Galeano, habían perdido por el paso del tiempo. Gracias a esta investigación, ella y las otras mujeres obtuvieron un reconocimiento como coinvestigadoras campesinas de la Universidad de Antioquia.

A partir de lo que habían explorado con esta investigación, las mujeres de Argelia continuaron construyendo memoria de las violencias que afectaron su territorio, y buscando nuevas maneras de ampliar los aprendizajes adquiridos, siempre con la guía de miembros de la ACA. Este proyecto y su aplicación no era algo nuevo en la Asociación, sino que era la réplica de un espacio que se había hecho en otro municipio del departamento. Todo inició en San Francisco: un antiguo corregimiento de Cocorná conocido como el ‘El Morrón’, que en 1986 se erigió como municipio.

### **El inicio: lo que cuentan los retazos**

Beatriz Arias López, profesora de la Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia, se encontraba realizando su tesis de doctorado en Salud Mental Comunitaria de la Universidad Nacional de Lanús, en asociación con la ACA y se propuso crear un costurero en el que se pudiera ampliar la investigación que estaba haciendo. Así fue como nació ‘Lo que cuentan los retazos’, un lugar de encuentro en el que se invitó a los niños, niñas, jóvenes y adultos de las veredas San Isidro, La Esperanza, El Pajuí y el sector Jardín Matecaña, de San Francisco para reunirse y conversar sobre lo que sucedió en el municipio entre los años 1998 y 2012.

De este espacio y conversaciones, surgió ‘Tejiendo Memoria(s) de Resistencia(s)’, una recolección de 14 piezas colectivas que, a través de la tela, hablan de las resistencias campesinas en medio del conflicto armado que se vivió en el municipio. Este producto se convirtió en una exposición itinerante que se presentó en San Francisco y Medellín y, además, ganó un reconocimiento del Centro de Memoria Histórica, con el cuál fue llevada a Bogotá.

Aunque el número de participantes variaba dependiendo del encuentro, la media era de 10 personas que, sin importar el lugar que se acordara, se reunían alrededor de la mesa a recordar el pasado, los lugares en los que crecieron y cómo el conflicto armado llegó a cambiar las cosas. Una de las participantes de 'Lo que cuentan los retazos' fue Luz Dary Zuluaga, una mujer que nació en la vereda La Esperanza pero que, en el tiempo en que fue parte del costurero, vivía en la vereda San Isidro, siendo miembro activa tanto en la ACA como en la Junta de Acción Comunal de esta vereda.

La invitación llegó a Luz Dary Zuluaga a través de la ACA y, a pesar de que ella no estaba interesada en el arte textil, decidió unirse para acompañar a las otras mujeres de la vereda San Isidro y para ser parte de la construcción de los tejidos en los que plasmaron lo que habían vivido y seguían viviendo, además de sus sueños. Las reuniones se hacían una vez al mes, cuando la profesora Beatriz Arias viajaba a San Francisco con el fin de continuar con la investigación de su tesis; a la vez que ella y las miembros del costurero realizaban un compartir de saberes, creando así un ambiente que impulsaba el aprendizaje mutuo y se basaba en diferentes aspectos de la vida.

Estas formas de expresión no eran nuevas en la ACA, de hecho, ellos cuentan con producciones El Retorno, un observatorio audiovisual creado en el 2003 en el que las participantes encontraron una forma de contar sus historias, centrándose en las familias campesinas que regresaban a sus territorios tras el conflicto. Pero, según la profesora Beatriz Arias, con su proyecto salió un nuevo hilo que amplió la perspectiva sobre las formas en las que ellas pueden narrar sus historias y, en este caso, fue mediante el hilo y la aguja.

“Yo creo que, al principio, para la ACA ese era el trabajo de Beatriz, pero fue cambiando y en un momento se entendió que lo textil se había convertido en una forma de lenguaje dentro de la ACA y que fue muy bien recibido por algunas mujeres”, me explicó ella. Añadiendo que fue un lenguaje que se instaló y del que algunas se apropiaron, incluso creando proyectos al margen de lo que se hacía desde la Universidad de Antioquia y la ACA.

Más allá de encontrar una forma de expresión con estos medios, Luz Dary Zuluaga aprendió cómo el conflicto afectó a sus compañeras en diferentes grados y maneras. En las conversaciones alrededor del tejido escuchó historias que conocía a medias o de las que nunca supo, a pesar de que muchas de las mujeres del costurero eran sus vecinas cercanas. El hilo y la aguja no eran su fuerte,

pero gracias a lo compartido se vio impulsada a continuar con su labor como líder de su comunidad, aprendiendo más sobre temas de liderazgo e involucrándose en otros proyectos para el beneficio de su territorio.

Debido a esto y su participación en las actividades realizadas en ‘Lo que cuentan los retazos’, Luz Dary Zuluaga realizó el acompañamiento a las mujeres de Cocorná, municipio vecino de San Francisco, en el proyecto textil que se hizo durante la pandemia de COVID-19. Ella llevó a cabo esta tarea con el apoyo y la guía de la profesora Beatriz Arias.

Allí conoció a Beatriz Adriana Quintero, una de las habitantes de la vereda Palmirita, quien en ese entonces tenía 29 años, y creció en la vereda Santa Cruz junto a sus padres y cuatro hermanos menores. Ella era miembro de la ACA debido al interés de sus padres por aprender más sobre técnicas agropecuarias. Para ella, tejer, coser o bordar no eran nuevos, ya los conocía: primero, como un recuerdo permanente de su infancia y su madre, quién cosía los pantalones, blusas y demás prendas de vestir que necesitaban arreglo; y luego, la forma que más le cambió la vida, como tejedora.

Ella tenía 17 años cuando encontró en los hilos, las agujas, en el arte de tejer y bordar, una sanación para su alma. Su mentora fue una mujer mayor, amiga de la familia, con la que conectó, pues ambas eran depresivas y con quien se sentó por largas horas a adquirir el conocimiento que esta le compartió. Desde ahí, recurrió al tejido como una terapia, ya fuese sola o en compañía de la mujer que le enseñó, y bajo el movimiento de la aguja, descubrió una parte de su identidad que tenía escondida.

Y es que el tejido le abrió los ojos. Al ver todo lo que sus manos con un par de ovillos de lana y unas agujas podía traer a la vida, se dio cuenta de que, a pesar de haber crecido en un ambiente conservador y machista, ella era capaz de realizar muchas cosas; lo que le dio el impulso para incursionar en todas las actividades que le resultaran atractivas. Eso hace que en la actualidad tenga conocimientos variados, como en la costura de zapatos, el cultivo de plantas ornamentales y, últimamente, la barbería.

Este fue el propósito con el que la profesora Beatriz Arias empezó su investigación en San Francisco, Antioquia. De acuerdo con el documento recopilatorio de los 14 tejidos del municipio

de Oriente, donde todo empezó, el “partir de prácticas y saberes cotidianos, muchas veces invisibles o subvalorados, como el del tejido y la costura, se torna en estrategia encaminada a resignificar y reconstruir la mirada sobre la propia vida, y a la vez, sobre la vida social, toda vez que lo aparentemente insignificante adquiere relevancia como forma de expresión pública y testimonio de vida”.

Debido a su experiencia previa con el tejido, Beatriz Quintero no dudó en unirse al costurero de la ACA y en mostrar su entusiasmo. Las reuniones se realizaron en la escuela de la vereda y, al igual que en los otros costureros, el número de asistentes variaba entre los 10 y 15, un grupo compuesto principalmente por mujeres, con la presencia esporádica de dos hombres: su hermano, Luis Alberto y su hijo, Ángel.

Este espacio no solo le brindó un lugar para aprender más sobre el tejido, sino que también le permitió ver otros lados del conflicto armado.

Ese es uno de los comunes denominadores de estas experiencias. Las mujeres a las que entrevisté concuerdan y destacan que, sin importar sus habilidades en el tejido, las conversaciones que se realizaron en el costurero les brindaron la posibilidad de ver el conflicto que las otras mujeres, ellas, sus vecinas, amigas e incluso familiares, vivieron.

### **Puntadas para narrar el conflicto**

“El día de mi cumpleaños número nueve asesinaron a uno de mis tíos, que era muy allegado a nosotros [...] Ese mismo día también asesinaron a un tío de mi mamá y otro tío quedó herido de muerte, o sea, nosotros perdimos tres seres queridos. Mi abuela enterró dos hijos y un hermano, ese fue uno de los episodios más fuertes, sin contar la desaparición de dos primos, que es la hora y no sabemos si están vivos”, me comentó Beatriz Quintero en nuestra primera conversación. Fueron relatos como este los que las mujeres de Argelia, Cocorná y San Francisco compartieron en sus reuniones.

Según el Boletín #7 de ‘Datos para la Paz’ de la Unidad de Víctimas, de las 9.572.044 personas incluidas en el Registro Único de Víctimas (RUV), el 50,2 % de estas son mujeres, y

Antioquia es el departamento con el mayor número de víctimas. Entre los hechos victimizantes, se encuentran el desplazamiento forzado —el cual tiene el mayor número de víctimas—, el homicidio, la amenaza, la desaparición forzada, el secuestro y otros; es decir, infracciones al Derecho Internacional Humanitario que hayan ocurrido después de 1985 y en el marco del conflicto armado.

Las mujeres fueron invisibilizadas en una guerra que las afectó tanto como a los hombres; y las mujeres campesinas especialmente sufrieron las consecuencias del conflicto, desde la desaparición y asesinato de sus seres queridos, hasta el desplazamiento forzado, siendo estigmatizadas, infravaloradas y silenciadas. Por razones como esta, las mujeres cada día levantan sus voces, para hacer escuchar sus historias, cómo vivieron la guerra, lo que les quedó y mostrar que ellas también son seres que fueron afectados por el conflicto armado y deben tener importancia a la hora de relatar y hacer memoria del conflicto. Así pues, se han unido y creado resistencias para no dejar que sus voces y lo que estas cuentan, sean silenciadas.

De esto, dan cuenta organizaciones como Mujeres Caminando por la Verdad, una organización de familiares de personas asesinadas o desaparecidas en la Comuna 13 de Medellín, que lucha por su dignificación como víctimas y el reconocimiento de sus derechos; en el panorama nacional, se encuentra la Asociación de Mujeres Desplazadas del Meta (ASOMUDEM), que centra sus esfuerzos en la reparación integral y restitución de tierras de mujeres y jóvenes víctimas del conflicto armado, mediante procesos de empoderamiento y formación de las víctimas; y, desde el tejido, las tejedoras de Mampuján, quienes fueron víctimas de desplazamiento forzado en los Montes de María, y desde el 2009 cosen memoria sobre lo que les ha pasado, una labor que les mereció el Premio Nacional de Paz en el 2015.

Entre las cosas que experimentó durante el conflicto, Diana Arango me contó que, aunque ningún miembro de su familia fue desaparecido o reclutado, ella fue pretendida por algunos miembros de los grupos al margen de la ley. “Hubo un tiempo donde llegaban mucho a mi casa para intentar conquistarme y que yo me fuera, pero yo no quería y fui muy reacia a hacerlo. Llegó al punto en que mi mamá y mi papá veían que iban llegando y me decían que me escondiera en la pieza para que no me molestaran; y no, no valía, hasta allá entraban. Entonces mis papás decidieron enviarme un tiempo para Medellín porque les daba mucho miedo que me llevaran a la fuerza”.

Cómo la suya, me compartió otras historias que recordaba de sus compañeras de Argelia. De acuerdo con las entrevistadas, sin importar la variedad de temas que se discutieron en los costureros, siempre se volvía al conflicto armado y lo que ellas vivieron, pues todas fueron víctimas en algún grado y no era algo que se podía obviar al hablar de sus territorios y sus memorias.

Lo que más resaltan todas es que, más allá de cuánto experimentaron el conflicto armado que azota al país, las charlas alrededor del hilo y la aguja fueron una forma de desahogarse sobre los dolores que se cargaban en silencio y crear una red de comprensión sobre las vidas de sus compañeras. Esto no era una forma de desacreditar o minimizar las experiencias vividas por cada una, sino un encuentro en el que se revelaban las penas que se habían experimentado y en el que se creó una memoria colectiva, no sólo en los recuerdos de cada una, sino que también fue plasmada en los telares que hicieron.

Incluso si no hay un registro escrito, audiovisual o sonoro de las historias contadas en esos encuentros, los telares son la recolección de todas esas conversaciones, de lo que recuerdan del pasado, del campo antes de la guerra, de las casas, las familias, lo vivido y dolido, y eso hace que sean productos valiosos para la historia de Antioquia y el país, pues son una forma en la que se cuenta la guerra, convirtiendo el dolor que ella trajo en algo de lo que hoy en día estas mujeres se sienten orgullosas.

En el costurero realizado en Argelia, por ejemplo, se crearon varios telares que se convirtieron en reflejo de eso mismo. Azucena recuerda con especial cariño el que hizo con sus compañeras Diana Arango y Luz Deisy Ruiz, llamado ‘La vida cotidiana de una mujer en el campo’. Este telar surgió de un ejercicio propuesto por la profesora Beatriz Arias, en el que cada una debía elegir una canción que les gustara o representara y, teniendo en cuenta la coincidencia en el género o mensaje de la canción, se conformaron grupos de tres o cuatro personas.

El telar, de 100 x 65 cm., es un reflejo de los trabajos cotidianos de las mujeres del campo, como lo dice su título. “Ese tejido tiene a la mujer en la huerta, la mujer bañando a su bebé, la mujer cuidando los animales de la casa y tiene a la mujer llevando a su hijo a la escuela... todas esas actividades que hace una mujer en el diario vivir, entonces ahí las quisimos plasmar”. El mensaje detrás de todo esto era mostrar lo que las mujeres viven a diario, pues son las primeras



que se levantan y las últimas que se acuestan, un trabajo que es poco reconocido y que todavía no tiene remuneración.



*La vida cotidiana de una mujer en el campo. Fotografía Laura Junco. Tomado del archivo digital de textiles testimoniales.*

Las visitas de la profesora Beatriz Arias a Argelia eran mensuales, pero eso no las detuvo, se reunían cuando tenían tiempo disponible para avanzar en sus telares grupales, buscando siempre nuevas telas que pudieran servirles para los mismos o recordando cosas que podrían agregarles.

Los productos de estas reuniones fueron llevados a Medellín y en el 2016 hicieron parte de la exposición ‘La vida que se teje’, una muestra artística donde se divulgaron los trabajos que se habían hecho en los diferentes costureros de la ACA y de donde nació la Red Nacional de Tejedoras por la Memoria y la Vida.

Para la profesora Beatriz Arias, las mujeres de Argelia fueron las que más se adueñaron del proyecto, ellas mantuvieron esa llama viva en la ACA e impusieron espacios para continuar con sus creaciones.

El siguiente proyecto del que Azucena Galeano hizo parte fue ‘Tejer a varias manos: pedagogía para diseñar planes de vida territorial’, el cual estuvo impulsado por la Facultad de Enfermería de la Universidad de Antioquia, y en el que conversaron sobre la comunidad, sus territorios, la familia, lo que vivían en estos lugares y la forma en que los soñaban. De esas conversaciones, se realizó un dibujo de ese territorio y, tras tenerlo, se empezó el bordado del mismo para dar como resultado ‘Mi territorio, mi manto de colores’, una exposición en la que fueron partícipes los costureros y tejedoras de Argelia, Cocorná, Medellín, Nariño y San Francisco.

En el caso de Argelia, las mujeres se reunían para continuar con el proyecto en el Parque Educativo o en Asocomunal, cada 8 o 15 días, dependiendo de la disponibilidad de la mayoría del grupo. Azucena Galeano recuerda con agrado los almuerzos que compartían en esos mismos encuentros, para los cuales todas llevaban algo de su casa (arroz, ensalada, sobremesa...), y lo juntaban para hacer un compartir de alimentos y esperanzas para sus comunidades. En el telar que se creó en Argelia, se plasmó el territorio, sus luchas y las cosas que rechazaban.

Así pues, representaron lo que más destacaban de su territorio, como el río La Paloma, que recorre la mayoría de Argelia, y las mulas, pues desde 1986 se celebra en la cabecera municipal la Fiesta de la Mula, tras haber reconocido en la arriería el ancestro de los pobladores de la localidad. Además, colocaron mensajes de rechazo a la minería y las transnacionales que, como me dijo Azucena Galeano, “entran a los territorios solo a explotarlos y a llevarse las riquezas naturales que hay”, provocando así que se pierdan tradiciones como la educación agrícola y el tejido social. De la mano con esto, se rechazó el posible impacto que estas actividades tendrían en el río, pues este es un lugar de esparcimiento para la comunidad, en el que las familias, amigos y vecinos hacen sus paseos de olla; y en los suelos, al convertirlos en estériles, provocando que no se pueda producir y que se pierda la vocación agrícola de los territorios.

De este modo, cada uno de los elementos que fueron pensados y plasmados en ese manto, cuenta la historia de un territorio y sus habitantes, que siguen trabajando por la defensa de la vocación campesina, de las tradiciones con las que crecieron y lo que, en ese entonces, soñaron para el futuro de este municipio del Oriente.

Una de las experiencias que rescató Azucena Galeano, fue de la que hizo parte en el 2017, cuando las mujeres de la Red de Tejedoras por la Memoria y la Vida de la zona páramo se reunieron

el 9 de abril, conocido como el Día Nacional de la Memoria y la Solidaridad con las Víctimas del Conflicto Armado, en la sede de la Universidad de Antioquia en Sonsón y allí escucharon sobre la masacre de La Pinera, en dónde el 13 de junio del 2002, el Ejército Nacional asesinó a 18 jóvenes que recibían instrucción paramilitar por parte de las Autodefensas Campesinas del Magdalena Medio.

Tras esta reunión, cada grupo de tejedoras realizó un proyecto para apoyar a las mujeres de Sonsón en la conmemoración que se iba a hacer 15 años después de ocurrido el hecho. Las mujeres de Argelia entonces socializaron lo compartido en el encuentro y acordaron tejer 18 flores (una por cada víctima) con el mensaje de que estas “se iban a mantener vivas e iban a estar en los corazones de las familias”.

En el 2020, Azucena Galeano empezó otro proyecto con la ACA, liderado por ella y con el acompañamiento de la profesora Beatriz Arias de manera virtual. El nombre del proyecto fue ‘Prácticas de cuidado y empoderamiento de las mujeres campesinas’.

“En los otros, yo estaba participando al igual que las demás, y en este último sí tenía un poco más de responsabilidad porque estaba coordinándolo en las cuatro veredas en que lo hicimos”, me contó Azucena sobre esta experiencia. Al igual que en las otras propuestas del costurero, cada vereda plasmó en un tejido: el territorio, su escuela, lo que se cultivaba. En los cuatro tejidos realizados, el río y una huerta fueron elementos en común; el primero representando el agua, que es un recurso necesario para la vida; y el segundo, expresando el deseo de que siempre se cultive la tierra y puedan saber lo que están comiendo y que se está cultivando de manera orgánica.

El tejido de la vereda El Zancudo, en la cual Azucena Galeano vivía, incluyó una representación sobre el maíz y todas las preparaciones que se pueden hacer con este alimento, como buñuelos, arepas, mazamorra y tamales, algunas de las cuales se han ido perdiendo o se hacen con harinas. También se habló del sueño de transformar las plantas aromáticas en aceites, shampoos y otros productos que podrían comercializarse.

A pesar de que estas reuniones se hicieron en la pandemia, las mujeres que hicieron parte no dejaron que eso las detuviera. En nuestra conversación, Azucena Galeano recordó con un tono

alegre que, aunque ella les preguntaba si debían parar o no, las participantes impulsaron la continuación del proyecto para reunirse a coser y conversar.

Diana María Arango fue una de las mujeres que hizo parte de este nuevo proyecto. Al igual que Azucena Galeano, había participado en los proyectos anteriores del costurero y no dudó en unirse a uno nuevo, alegrándose especialmente porque las reuniones eran más seguidas y, si había disposición de la mayoría, se encontraban una vez a la semana para continuar con el tejido y las conversaciones que estaban realizando.

Para cada sesión, se elegía un video o lectura sobre el campo o las prácticas femeninas que se socializaba al inicio y que se podía discutir a lo largo de la reunión. Esta dinámica seguía la línea de los proyectos anteriores y tuvo la participación de niñas, niños, jóvenes y mujeres. La edad no era un limitante, fue un encuentro intergeneracional y a la vez que se encontraban mujeres mayores, también había niñas y niños de 5 o 6 años queriendo aprender puntadas y aportando sus granitos de arena a esos tejidos que se estaban construyendo.

Aunque Azucena Galeano había participado en varios proyectos y organizaciones para apoyar a su comunidad, fue el tejido el que sacó su liderazgo. Como miembro del grupo juvenil, la Junta de Acción Comunal y la ACA, ella se veía como una participante más, no obstante, desde el costurero y los tejidos que hicieron, se vio más involucrada, logrando retribuir a su comunidad. Para ella, el cambio fue notable, pues era alguien tímida, a quien le daba vergüenza decir su nombre o hablar en público, pero las oportunidades con el arte textil representaron espacios en los que perdió el miedo y adquirió confianza en sí misma.

Este proyecto que lideró, fue el último del que Azucena Galeano hizo parte, pues luego se mudó de Argelia. Al hablar de lo que le dejaron estas reuniones y tejidos, sus palabras reflejan la pasión y cariño que tiene por este arte. Aunque ella cosía la ropa en su casa junto a su hermana y hacían colchas con retazos que se encontraban, la posibilidad de coser y, más importante, de contar historias a través la costura fue algo que no pudo dejar pasar, especialmente tras ver los tejidos que se habían hecho en otros costureros y los relatos que estos contaban.

La profesora Beatriz Arias llamó a esto ‘resonancia textil’ y me explicó que era ver en los tejidos de otro algo que conecta con la historia propia y, de alguna manera, lleva a que se empiece a formar un metarrelato colectivo.

“Es experimentar esto que sensibiliza también en lo textil, y entendernos conectados por hilos que nos hacen parte de una historia colectiva, aunque aparentemente estemos desde lugares distintos de la vida. Una forma de reflexión para mirar cómo al invitar a bordar, a partir de otras historias, aparecen conexiones donde supuestamente no se deberían encontrar”, agregó Beatriz Arias.

Así que Azucena Galeano se interesó más por el tejido, viajando a Medellín a algunas reuniones que se hicieron y volviendo a Argelia para compartir con sus compañeras lo que aprendió. De esa manera todas conocieron más puntadas, practicando y hablando mientras cosían. Todo esto fue regido por su gusto e inclinación hacia esta actividad. La costura, entonces, fue un escape para ella y una de sus actividades favoritas. Se sentaba al lado de las otras participantes del costurero y sentía cómo el tiempo se le escapaba de las manos. Un par de horas cosiendo se sentían como minutos, y la espera por una nueva reunión o el momento en que pudiera agarrar la aguja y el hilo, otra vez era larga.

Al reflexionar sobre todo lo que el costurero de la ACA representó para ella, Azucena Galeano me dijo que había una vida antes y después del tejido. Primero, porque nunca antes había dedicado tanto tiempo a coser y sintió que se apersonó más de ese gusto que tenía por los hilos y las agujas. También porque contribuyó a que interactuara más con otros, construyendo un colectivo con las mujeres que fueron parte del costurero, lo que llevó a que compartieran ideas, hicieran un intercambio de experiencias y aprendieran en conjunto, creando trabajos colectivos que representan un avance en la memoria de la comunidad.

El costurero hizo que coser, dejara de ser una actividad que ellas hacían solas en sus casas, de vez en cuando, para convertirse en una actividad de grupo, uniéndolas y creando reflexiones y empoderamiento en el camino. Les permitió salir de la rutina de los quehaceres de la casa y, gracias a eso, expandieron su gusto y conocimiento en el tejido.

Una de las preguntas que les hice a las entrevistadas fue sobre los aprendizajes que el tejido había dejado en ellas, y encontré que había un común acuerdo en que iba más allá de aprender a manejar la aguja.

Para Diana Arango, el mayor aprendizaje fue que no debía centrarse solo en su hogar, sino que existen otros espacios en los que puede desarrollarse como persona, mujer y campesina. Ella recalcó que el costurero le permitió desestresarse y hablar de experiencias que en el pasado se había negado a poner en palabras. Junto a esto, logró deshacerse de su timidez y en la actualidad ya no se siente apenada. En general, para ella, esta fue una experiencia bonita, que le enseñó cosas nuevas que sigue ejerciendo y cambiaron algunos aspectos de su vida.

Las percepciones de las otras mujeres no se alejan de esa línea, y el poder salir de sus casas a hacer algo fuera de lo cotidiano se convirtió en un alivio para ellas. Azucena Galeano rescató el hecho de que el estar en comunidad a la hora de hacer estos tejidos fue significativo de igual manera, pues el costurero era más que tejer; era un compartir de saberes de todos los aspectos de la vida y así como se enseñaban entre ellas diferentes puntadas, también se compartían tradiciones que las más jóvenes no sabían. Es decir, el crecimiento fue en todos los campos de sus vidas y llevó a que la conexión entre ellas fuese más profunda.

Cuando hablé con Diana Arango, le pregunté si la experiencia hubiese sido igual sin uno de los elementos, es decir, si se hubiera tejido de manera individual o se hubiera reunido en grupo sin tejer. Su respuesta fue contundente: “no”. Ella me manifestó que este proceso fue tan significativo por ser arte hecho en comunidad.

Primero, el tejer (el arte) fue una ventana que se abrió para que ellas convirtieran esa labor que se había destinado a las mujeres y al arreglo de ropas del hogar, en telares que retrataban sus historias y a sus hogares. Y segundo, el costurero (la comunidad) fue un impulso para que se animaran a hablar. Ella lo describió casi como una reacción en cadena, pues si una de ellas contaba su historia o algo por lo que había pasado, eso les daba el coraje para hacer lo mismo y así se compartieron esas experiencias, hasta que al final ya no se necesitaba escuchar a la otra, sino que se hablaba sin miedo, ya que sabían que estaban en un lugar de confianza, con mujeres a las que conocían y que no juzgarían sus palabras.

### **Sin casillas: la pregunta sobre la salud mental**

La investigación de la tesis de doctorado de la profesora Beatriz Arias buscó entender el efecto que tuvo la violencia política a mediano y largo plazo sobre la salud mental de los campesinos de San Francisco, Antioquia.

Aunque esta pregunta solo se hizo durante el tiempo de su investigación y no se llevó a los costureros que se crearon después, ella me explicó que durante la experiencia de ‘Lo que cuentan los retazos’ solo se preguntó acerca de la salud mental relacionada con el conflicto armado, más esto no era, en ningún modo, arteterapia. A pesar de que ella es una profesional de la salud y acompañaba a los participantes del costurero, no se hizo ningún trabajo de ayuda terapéutica, sino que las reuniones consistían en hablar de unos territorios y pasados con el conflicto armado que les eran similares.

Es por eso que, al cuestionar a las mujeres que entrevisté sobre su salud mental gracias a los costureros y el tejido, ellas no lo veían como un eje central de las reuniones o algo en lo que se debía reflexionar constantemente, es decir, las reuniones del costurero no eran consideradas reuniones terapéuticas en el sentido médico de la palabra, sino un ejercicio para poner en palabras, las historias y experiencias que se habían guardado durante sus vidas.

De este modo, en nuestras conversaciones no se habló con términos o diagnósticos médicos (ansiedad, estrés, depresión y otros) sobre las consecuencias de la guerra en la salud mental, pues, como la profesora Beatriz Arias me comentó, esas son “sensaciones de quienes vivimos en lo urbano, pero no es algo que se encuentre regularmente en el campo”; sino que se expresaron emociones y sentimientos con los que cualquiera se puede sentir identificado, tales como la preocupación por el mañana y la falta de paz en sus vidas.

Cabe rescatar a Beatriz Quintero quién, como mencioné anteriormente, tiene depresión desde los 17 años y ha sido influenciada positivamente por el arte textil, encontrando un refugio y motivador para conocerse, sanarse y explorar diferentes facetas de su vida.

Las otras entrevistadas también encontraron mejoras en su salud mental, expresando que sintieron un cambio en sus vidas en estos espacios de construcción de memoria en comunidad.

Ante la pregunta sobre la salud mental y el tejido, Azucena Galeano me contestó que sí le ayudó y que esta experiencia trajo paz y tranquilidad a su vida cotidiana, algo que también pudo ver en sus compañeras de costurero: “sí me di cuenta de que las personas con las que compartí esos espacios sentían lo bonito de estar recordando a través del hilo y la aguja”. Y una de las experiencias que más recuerda fue durante la conmemoración que se les hizo a los 18 jóvenes asesinados en la masacre de La Pinera en Sonsón, pues las familias “los mantenían vivos y podían recordarlos de manera más tranquila, es decir, no olvidaban el dolor, pero podían llevarlo mejor”.

Esa sensación de paz y el aporte del arte textil a la salud mental, me fue explicada por la profesora Beatriz Arias en tres escalas. La primera escala es de tipo íntimo y personal. Aquí se encuentran unas conexiones de orden neurológico, que se representan con la conexión mano-cerebro-ojo y tienen efecto en la segregación de serotonina; y emocionales, donde la persona puede reflexionar sobre lo que piensa mientras realiza la actividad, cómo vive el tiempo y la experiencia vital que viene con el tejido.

La segunda escala se remite a lo interpersonal pues, al hacerlo en grupo, el textil se convierte en un medio que permite que se creen vínculos con los otros, lo cual se relaciona directamente con la salud mental pues esta es la dimensión relacional y sensible de la salud.

La tercera escala es de orden colectivo. En este nivel, puede que no haya un contacto físico o en la vida real con quien está detrás del tejido, pero se puede tocar, sentir y escuchar a esa persona a través de la historia que cuentan la tela, el hilo y la aguja. Y así, por ejemplo, los proyectos que han sido llevados al extranjero “están hablando de Colombia en otro lugar y nos conectan con el mundo”.

Aunque los efectos de los costureros no son categorizados de esta manera por las entrevistas y participantes, sí existe una apreciación general por lo que estas experiencias les brindaron, no solo en la valorización del bordado y tejido, sino en su reconexión como mujeres y campesinas.



### **Arte hecho en comunidad**

Años después de los costureros, las entrevistadas miran hacia atrás y en sus voces se escucha el cariño por lo que vivieron. Cada una de las conversaciones que tuvieron, los recuerdos que bordaron y las personas que conocieron, se han incrustado en ellas y se han convertido en algo de lo que hablan con orgullo.

Ellas ya no se reúnen, pero los proyectos de la ACA continúan abriendo nuevos espacios en los que pueden usar el tejido como lenguaje. La profesora Beatriz Arias me comentó que el último proyecto en el que se utilizó el tejido como una forma de plasmar lo que se quería contar fue en el 2021, en un proyecto de la ACA llamado ‘Conflictos por el agua en el Oriente antioqueño’ y que se expondrá en el futuro. “Aquí vamos a incluir lo textil a través del trabajo de fotografía bordada, entonces, si es posible, el textil aparece en otras cosas que hacemos, es un lenguaje más al que echamos mano dentro de las posibilidades que hay”.

Las experiencias y reflexiones que surgieron gracias a los costureros no pueden ser generalizables, pues se basan en las vivencias personales, que están atadas al pasado de cada participante, pero más allá de si el textil se convirtió en un aspecto importante para sus vidas o continuaron con los costureros, lo que la profesora Beatriz Arias resalta es que las mujeres conectaron con sí mismas y se dieron la oportunidad de ver que podían y que no se necesita ser parte de las élites o tener grandes recursos para contar sus historias.

Al preguntarle a Luz Dary Zuluaga sobre las conexiones creadas en los espacios de los que hizo parte, ella me contó que aún se mantienen. Claramente, todas han seguido sus vidas, y algunas de sus compañeras fueron más entusiastas con el tejido; contrario a ella, que se dedicó más a su gestión como líder; pero aún se hablan y los lazos perduran, tanto que ahora, 11 años después de que ellas hicieron parte de Lo que cuentan los retazos, existe un apoyo mutuo sobre sus vidas.

En el caso de Beatriz Quintero, ya que el costurero en Cocorná fue relativamente reciente, las conexiones que se crearon están bien establecidas y fortalecidas. Según lo que me compartió, ella y sus compañeras de costurero tienen un grupo de WhatsApp en el que envían puntadas que les gustan; sus nuevos tejidos, que han derivado de ser solo telares para convertirse en proyectos como ropa, o en otras técnicas como crochet; y hablan, en general, de lo que viven. Ellas mantienen

cerca de sus corazones este espacio y están abiertas a continuar con proyectos de este tipo, con los cuales se conocen mejor a sí mismas y a las demás, mientras desarrollan sus habilidades y hacen memoria.

Argelia aún tiene la llama viva por el arte textil. Diana Arango también mantiene el contacto con sus compañeras, tanto en su vereda, como cuando va a la cabecera municipal y se encuentra con alguien con quien compartió costurero, un espacio tan significativo como lo fueron los diferentes proyectos mediados por el tejido de la ACA en ese municipio de Oriente.

Por otro lado, Azucena Galeano ya no vive allá, pero la pasión que encontró en los proyectos de los que hizo parte, la acompañó hasta su nuevo lugar de residencia y hace eco en su vida. Ella, una de las más entusiasmadas por los costureros, ya no borda tanto como lo hacía en el pasado, y, aun así, cuando está abrumada y necesita despejarse, se acerca a ese arte que encontró y del que se enamoró. Y encuentra la paz que su mente necesita.

La profesora Beatriz Arias continúa trabajando en la ACA, acompañando diferentes proyectos que los miembros realizan e impulsando al tejido como un lenguaje que debe ser apreciado desde la intimidad de los hogares hasta la academia.

Los costureros empezados por la ACA con el acompañamiento de la profesora Beatriz Arias en el Oriente antioqueño, representaron unas experiencias dignas de recordar por las mujeres que hicieron parte, ya que ellas resignificaron un lenguaje que se guardaba para la intimidad de los hogares, y crearon nuevas conexiones con sus vecinas y compañeras a la vez que recordaban el pasado de sus vidas y territorios e hilaban las esperanzas que mantenían para el futuro. Y todas esas experiencias se transformaron en hilos invisibles que las unen para siempre.

## Referencias

Archivo Digital de Textiles Testimoniales (s.f.) Costurero de Tejedoras por la Memoria de Sonsón <http://www.textilestestimoniales.org/creadores/2>

Archivo Digital de Textiles Testimoniales (s.f.) Lo que cuentan los retazos <http://www.textilestestimoniales.org/creadores/15>

Archivo Digital de Textiles Testimoniales (s.f.) Mujeres Tejiendo Sueños y Sabores de Paz <http://www.textilestestimoniales.org/creadores/1>

Arias López, B. E. (2017). Entre-tejidos y Redes. Recursos estratégicos de cuidado de la vida y promoción de la salud mental en contextos de sufrimiento social. PROSPECTIVA. Revista de Trabajo Social e Intervención Social, 51-72. <https://doi.org/10.25100/prts.v0i23.4586>

Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas. (2023). *Boletín #7 Datos para la Paz: Septiembre*. <https://tinyurl.com/2be268me>